



CANTO QUINTO

Quando los indios vieron que cruzado
Habían aquellas aguas silenciosas
Los españoles, con paso mesurado,
Y en escuadras marcharon numerosas
¿Alguna vez acaso contemplado
Has el andar de nubes tormentuosas,
En la noche pacífica y serena,
Iluminada por la luna llena?

8

Con lento andar los gruesos nubarrones,
Unos tras otros, por la luna pasan,
Se agrupan en un monte, y los turbiones
Después los campos con furor arrasan.
Así, pues, los aztecas batallones
A esas nubes que negras amenazan
Se asemejaban, al marchar formados,
Con sus negros penachos elevados.

16

Como esas tardes cuando el sol brillante
Alumbra, y á tierra polvorosa
Del agua caen las gotas de diamante
En menuda llovizna, no enojosa,
Súbito el rayo escúchase atronante
Rujir, y se hace el agua más copiosa,
El aire brama, y tempestad que aterra
Cubre de sombras la anchurosa tierra

24

Pues lo mismo las huestes numerosas
Al principio con pausa se cambiaron
Proyectiles, mas fuertes, belicosas
Del gran Cortes las voces se escucharon.
«Hurra, soldados, hurra! Desastrosas
«A este campo las lides ya llegaron,
«Las lides que nos traen feliz victoria
«Hurra! Aquí hay palmas de brillante gloria»

32

Dijo esto, y á su voz los batallones
Aztecas y españoles con estruendo
Se embistieron, bramaron los cañones,
Se oyó del arco el recrujir horrendo.
Que luchaban los fuertes aquilones
Hubieras dicho, el huracan tremendo
Y las negras, furiosas tempestades,
Los serros arrastrando y las ciudades.

40

Tal estrépito y fuerte gritería
En el campo sonaba. Denodado
Quauhtémotl dijo: «Aztecas! Este día
«A perder vamos nuestro suelo amado,
«La libertad más cara todavía,
«Y los hijos.....De Méjico el soldado
«Salve la Patria ó en la lucha fuerte.
«Halle del bravo la gloriosa muerte.»

48

Luego una bala sepultó Olivera
Juan en la frente de un feroz guerrero
Que con su sangre, en su hora postrumera,
El suelo enrojeció, mas al ibero
Un mejicano habló de esta manera
Con voz terrible: «Si tu fuerte acero
«Hoy no se tiñe con la sangre mía,
«Daré á Dios una víctima este día.»

56

Respondióle el ibero: «Desgraciado!
«Vuelve hacia atras, pues que á la triste muerte
«Te trae tu valor mal refrenado.»
Y aquel azteca le gritó: «Muy fuerte
«Serás, no lo dudo, cruel soldado;

«Mas cambiar no podrás tu adversa suerte
«Que ya te arrastra, con furor, impia,
«De los que han muerto á la region sombría.» 64

Así habló, y una flecha voladora
Salió zumbando de sus diestras manos,
Y en el vientre clavóse matadora
De Olivera. De fuertes mejicanos
Una turba gritando aterradora
Al moribundo se arrojó. Inhumanos
Los indios sacerdotes le arrastraron
En las calles, y al templo le llevaron. 72

Y en una piedra grande, ensangrentada,
Verdinegra y convexa, un arrogante
Sacerdote le puso, y á la arqueada
Vara, cuyos extremos con tirante
Cuerda sujeta el indio, y afilada
Flecha lanza con ella, aquel instante
Se asemejaba el cuerpo del soldado
Español en la piedra colocado. 80

Porque otro sacerdote la garganta
Le sujetó con triángulo de acero,
Luego otros cuatro asíeronle con tanta
Fuerza piernas y brazos que el guerrero
Moverse no podía, y con cuanta
Potencia golpes el fornido herrero
Dá sobre el yunque, el sacerdote fuerte
Dió uno al ibero, mas le causó la muerte. 88

Y ,al recibir el golpe doloroso,
Olivera, tristísimo suspiro
Lanzó largo, muy largo y fatigoso,
Y más sus labios no movió. «Te miro
«Sin aliento vital, intruso odioso,
«E ira terrible contra tí respiro.»
Dijo el gran sacerdote, y el sangriento
Cadáver léjos arrojó violento. 96

Entre tanto la guerra pavorosa

Ensangrentaba el campo dilatado.
Del huracan el ala poderosa
Nunca en un ancho y espacioso prado
O en algun bosque ó arboleda umbrosa
Tantas hojas y flores ha arrancado,
Y ni tantas arenas jamas sube,
Cuando alza negra y polvorosa nube. 104

Como balas y dardos voladores
En el campo cruzaban. Alaridos
Lanzando sin cesar aterradores,
Gritaba así Pantécatl: «Los temidos
«Soldados de Castilla, vencedores
«En combates sangrientos y reñidos,
«¿Por qué no de nuestros dioses ahora
«Hacen burla con risa mofadora? 112

«Ya no otro Motezuma hallar esperen
«Que encadenar se deje acobardado:
«Nosotros á los bravos que vinieren
«No iremos, no, con oro codiciado
«A encontrar. Llevarémos las que hieren
«Terribles armas.» Escuchó indignado
El valiente Montaña injuria tanta,
Y hacia el azteca dirigió su planta. 120

Levantó luego el arcabuz, tendido
En ambas manos, le apoyó en el pecho,
Inclinó la cabeza, á do el temido
Pantécatl encontrábase, derecho
Dirigió el arma, y espantoso ruido
Se oyó en seguida, y del cañon estrecho
Del arcabuz salió nube azulada
De humo con una roja llamarada. 128

Y de Guajúcar en la angosta frente
Un proyectil, atravezando el viento,
A hundirse fué, y el adalid valiente
En la tierra cayó. Con pie violento
A do él estaba caminó inclemente,
Y le privó de su vital aliento

La Parca que de herir jamas se cansa,
Que á todos pesa con igual balanza. 136

Por el aire cruzó flecha ligera,
Del arco de Pantécatl despedida,
Y de Salcedo sepultóse entera
En la garganta. Como res que herida
Mortal recibe, brama; y donde quiera
Escúchase del bruto que la vida
Está perdiendo el colosal bramido,
Así gritaba el español herido. 144

El infeliz en su dolor tremendo
Mordía el polvo y con sus fuertes manos
El cuello se apretaba. Tan horrendo
Su aspecto era, mas cuatro mejicanos
A aquel sitio llevaron con estruendo
Un gran peñasco, y crueles é inhumanos
Del herido en el vientre la arrojaron,
Y del vivir tan dulce le privaron. 152

Antonio Arias, intrépido soldado,
Muy fornido; mas bajo de estatura,
Para su mal, esta ocasion llevado
Junto á Pantécatl fué por su bravura,
Que aguda flecha le pasó de un lado
Al otro el brazo diestro, y la amargura
De dilatada y dolorosa muerte
Allí le hizo sufrir adversa suerte. 160

Y ningun combatiente los quejidos
Lastimosos oyó del moribundo,
Porque todos con fuertes alaridos
Al terrible combate, furibundo
Se convidaban, y no de los gemidos
Ni de la angustia y el dolor profundo
Del pobre agonisante se cuidaban,
Que solo sangre derramar ansiaban. 168

El potente Monarca mejicano
Puso en el arco flecha muy filosa

Que, despedida por su diestra mano,
A sepultarse fué de Andres Mendoza
En un ojo. Este fuerte castellano
Tuvo prole crecida y numerosa
En la agraciada Margarita Sierra,
Mas la dejó por la terrible guerra. 176

Mendoza no fué el único ese día
A quien del bravo Guatimoc la mano
Hizo bajar á la mansion umbría
De los finados, que á José Manzano.
Viejo soldado, y á Manuel Munguía
Y á Fernando Martinez y á Mariano
Velasco les causó la negra muerte,
Porque era bravo en la batalla y fuerte. 184

Así cerca del lago la horrorosa
Guerra arrancaba sin piedad la vida
A españolas y aztecas, y furiosa
Derramaba de sangre ennegrecida
Torrentes, cuando oyóse estrepitosa
De los caballos rápida corrida
Y el ruido que, al correr, con los aceros
Que al cinto llevan, hacen los guerreros. 192

Y el bravo Sandoval con diez varones,
Jóvenes de la Iberia, bien armados
Y en soberbios, magníficos bridones
Llegó al campo de guerra, y azorados
A su vista los muchos batallones
De valientes aztecas y de aliados
Por triste miedo fueron impelidos
A entregarse á la fuga, confundidos. 200

Pero aunque sea más rápida que el viento
Fuga cobarde, muchas ocasiones
La Muerte es más veloz, y en un momento
La alcanza, y feroz á los campeones
Que aquella quiere en su correr violento
Salvar, le arrebató. Así los peones
Que á la huida entregáronse, funesto,

Cruel desengaño recibieron presto. 208

Que unos, lanzando gritos lastimosos,
Y otros apenas débiles quejidos
Exhalando, á los tristes y angustiosos,
Duros instantes del morir temidos
Ese día llegaron; y los briosos
Corceles, con los cascos ya teñidos
De negra sangre, y en tropel violentos
Hollaron los cadáveres sangrientos. 216

De los que, en fuga degradante é ignoble
Iban, llenando, en rápida carrera
Las calles, un varon de aspecto noble,
Dejando de mover la muy ligera
Y leve planta, inmóvil como roble
Permaneció junto á unas ruinas. Era
Del amor conyugal de un agorero
Unico fruto este novel guerrero. 224

Quauhtequihua su padre todo el día
A su puerta á caciques y señores
De toda la nacion llamar oía.
Los llevaba de todos los errores
El que más la razon obscurecia.
Algunos, tristes víctimas de amores,
Y ardiendo en celos, su final destino
Preguntaban al célebre adivino. 232

Quien, aflijido, en triste y espantoso,
Cruel sueño por vision aterradora,
Dejaba el lecho, y trémulo y medroso,
Sin esperar siquiera que la aurora
Asomase en Oriente, presuroso
Volaba á consultar la engañadora
Ciencia, turbando con su loco empeño
Del afamado augur el dulce sueño 240

Y el mismo Motezuma, rey potente
Y Monarca de Imperio dilatado.
Humilde suplicóle, balbuciente,

Temblando el corazon amedrentado,
Que revelara de la aztecagente
El porvenir; y el odio despiadado
De aquel Monarca y la ira tan funesta
El augur encendió con su respuesta 248

*Muy pronto, gran Monarca, un extranjero
Derribará tus dioses, y pesado
Yugo pondrá á tu pueblo.* El agorero
Anunció tales cosas, é indignado
Por el anuncio Motezuma fiero.
La morada de aquel desventurado
Derribar hizo, y el augur cubierto
Fué por un muro de su casa, y muerto. 256

Y la ocacion inolvidable aquella
Que de Anáhuac los muchos batallones
Se dieron á la fuga que por huella
Deja sangre de inúmeros varones,
El heroe, prole de Azozostli bella
Y del augur, aquestas expresiones
Al soldado invasor con voz tronante
Y vigorosa, dijo amenazante: 264

«De la hueste española el que más fuerte
«Sea, y valeroso, denodado llegue
«A do yo estoy, y que su adversa suerte
«Maldiga siempre, y que á los dioses ruegue
«Que no le den muy dolorosa muerte,
«Porque eso de evitar que aquí se riegue
«Su sangre es difícil, cual sería
«Estrellas ver á la mitad del día.» 272

Tales cosas gritaba, y el prudente,
Sabio Tezcátzin que con pies cansados
Detras iba de todos: «¡Oh valiente!
Dijo al guerrero ¿Tienes enclavados
«En la tierra los pies? Del insolente
«Invasor ¿á qué aguardas los soldados?
«Si la patria salvar, muriendo esperas,
«Te ruego por los dioses que aquí mueras. 280

«Pero, no aguardes, jactancioso, tanto,
 «Que tú no eres el fruto postrimero
 «De la diosa Coatlicue. Ella del santo
 «Templo al barrer con goce verdadero
 «El ancho piso, delicioso canto
 «Oyó, y del techo descender ligero
 «Un globo vió de pluma, y de colores
 «Que engalanar pudieran á las flores. 288

«En el seno guardóle, los altares
 «Para adornar con plumas tan hermosas;
 «Pero extraños prodigios singulares
 «Hicieron las deidades poderosas,
 «Porque nunca Cuatlicue, ni en sus lares,
 «Ni en el templo hallar pude esas preciosas
 «Para ella joyas, que el mortal no tuvo,
 «Aunque mucho buscandolas estuvo. 296

«Que en el templo la noche dilatada
 «Buscándolas pasó con gran empeño;
 «Pero, de en vano trabajar cansada,
 «Llamó en su lecho al agradable sueño
 «Al comensar la vívida alborada
 «Del nuevo día; y el airado seño
 «De Coiolxanqui su hijo, en fatigosa
 «Vision horrible contempló la diosa. 304

«Y sentía en su cuello las pesadas
 «Manos de su hijo, y grito lastimoso
 «Dió y fuerte, y alejaron apiadadas
 «Las deidades el sueño fatigoso;
 «Mas desde entónces nunca á las sagradas
 «Puertas llegó del templo: en silencioso
 «Retiro se ocultó, pues bien sabía
 «Que pronto un hijo en brazos llevaría. 312

«De carnales amores fruto no era
 «Ese hijo de Coatlicue, pues hacía
 «Tiempo que la deidad harto severa
 «Nunca al placer su corazón abría.
 «Mas el cruel Coioxanqui la ira fiera

«Que del camino recto nos desvía
 «Llamó en su auxilio; pérfido! y las manos
 «Contra su madre armó de sus hermanos. 320

«Coatlicue va á ser madre, y esto es duelo
 «Y deshonor para nosotros harto:
 «Reguemos sus entrañas en el suelo
 «Antes que sientan el dolor del parto.
 «Esto les dijo, y cuando ya en el cielo
 «La hermosa aurora se obstentó del cuarto
 «Día, los criminales alevosos
 «Sorprenden á su víctima furiosos.

«Mas en aquel instante el invencible
 «Huitzilopochtli del materno seno
 «Desprendióse, y horrisono y terrible
 «Grito lanzando con su voz de trueno,
 «Al mundo vino, y fiero, irresistible,
 «De rabia el corazón, y de ira lleno,
 «Acometió á los viles, y sus manos
 «Con la sangre bañó de sus hermanos. 336

«Tan solo Coiolxanqui de la suerte
 «Esta ocasion se vió favorecido,
 «Que el duro trance de la triste muerte
 «Evitar consiguió, que habiendo huido
 «De terror dominada su alma fuerte,
 «Llegó á los montes. No es desconocido
 «El antro triste, donde oculto nueve
 «Duros inviernos soportó la nieve. 344

«Pero despues de Tula numerosa
 «Juventud de saetas aguzadas
 «Armó y de arcos, y lid calamitosa
 «Llevó á su hermano. ¡Necio! Denodadas
 «Sus huestes eran, nunca la afrentosa
 «Fuga las alejó de encarnizadas
 «Y largas lides; mas valor es vano
 «Y será contra un Númen Soberano. 252

«Encontró el dios en Coatepec reunidos

«A sus fieros rivales, y elevado
 «Monte arrancó del suelo, y alaridos
 «Dando espantosos, le arrojó irritado
 «Sobre aquellos campeones aguerridos.
 «Estremeciósse el monte dilatado,
 «Nube de polvo la region del viento
 «Oscureció y el ancho firmamento. 360

«Mucho tiempo despues allí los huesos
 «De aquel hijo perverso y sus fatales,
 «Necios aliados se miraban. Esos
 «Fueron del dios los triunfos inmortales.
 «Mas ¿quién podrá igualarle?... Los sucesos
 «No están sujetos siempre á los mortales.....
 «Quien nació para pasto de la muerte,
 «Por más grande que sea, jamás es fuerte. 368

«Así, jóven, retírate, no quieras
 «Aquí permanecer, son muchos peones
 «Los que en tu contra vienen. Aunque fueras
 «El más bravo de todos los varones,
 «Aquí morirías... Huye ¿Qué esperas?...
 «¡Jóven! cede esta vez... Hay ocasiones
 «Que es preciso ceder, no por la muerte,
 «Por no agravar de los demas la suerte.» 376

El fiero jóven contestóle: «¡Anciano!
 «De labios de Quetzálcoatl expresiones
 «Más sabias no salieron. Inhumano
 «El destino, es verdad, en ocasiones
 «Haced ceder; pero esta vez en vano
 «Pretendes que yo ceda. A esos peones
 «No temo. Moriré do sepultado
 «Fué entre escombros mi padre idolatrado 384

«Este que fué de Motezuma fiero
 «Del pais por la suerte consultado,
 «Contestó así: *¡Monarca! Un extranjero*
 «*Derribara tus templos, y pesado*
 «*Yugo pondrá á tu pueblo y duradero*
 «*Su dominio será.* Y el rey airado,

«Mandó destruir ¡feroz! nuestra morada,
 «Y mi padre perdió la vida amada. 392

«Y aquí yo quiero perecer, repito,
 «Entre aquestos escombros; pero, anciano,
 «Antes que esté mi corazon marchito,
 «Porque en él ponga descarnada mano
 «La dura Muerte, al español maldito,
 «De mi patria infeliz fiero tirano,
 «Veré en la tierra, y por mi mano herido,
 «En grande charca de su sangre hundido.» 400

Entónces con esfuerzo vigoroso
 Tezcátzin hizo que su tenue acento
 Doquier se oyese: «¡Aztecas! presuroso
 «Huye (gritó indignado) del sangriento
 «Combate vuestro pie, y á un achacoso
 «Y decrepito viejo, macilento
 «Y á un guerrero novel, entre soldados
 «Enemigos dejais abandonados. 408

«Aquí mañana se verán cubiertos
 «Nuestros heridos cuerpos de voraces
 «Aves, de esas aves que á los muertos
 «Devoran las entrañas, y tenaces
 «La sangre beben; pero estamos ciertos
 «Que al trascurrir los años tan fugaces
 «Clamará el mundo: *Aquí desamparados*
 «*Sucumbieron dos inelitos soldados.» 416*

A la voz de Tezcátzin valentía
 A los indios volvió, que la violenta
 Fuga dejando, llenos de alegría
 Marcial, tornaron á la lid sangrienta
 Con pie veloz y fuerte gritería.
 Cuando la noche su hermosura obstenta,
 Juntándose dos nubes, forman una
 Que densa cubre la redonda luna. 424

Así entónces la hueste castellana
 Y la azteca formaron una sola

Al encontrarse en la batalla insana.
Cual se confunde una ola con otra ola
En el airado mar, la mejicana
Gente casi incontable y la española
Se confundieron, y la dura guerra
Regó con sangre la anchurosa tierra. 432

De la muerte la víctima primera
Fué esa ocasion un viejo veterano
De barba ya muy blanca, y que Cabrera
Se llamaba. Este altivo castellano
De diez ninfas hermosas el padre era;
Y con potente y vigorosa mano
Poncíhuatl le acestó golpe de muerte,
Y cayó en tierra el castellano fuerte. 440

De Quauhtequihua el hijo poderoso
Una saeta al pecho dirigida
De Sandoval, caudillo valeroso,
Iba á lanzar. Sin duda la homicida
Arma cruel con vuelo prodigioso
Atravesara el aire; mas herida
El bravo azteca recibió de muerte,
Y la cuerda soltó su mano fuerte. 448

Cuando esto vió Poncíhuatl, la pesada
Maza dejando, un arco retorcido
Quitó á un moribundo, y aguzada
Flecha tomó tambien, y cual si herido,
En ese instante, por terrible espada
El bravo Capitan hubiera sido
Cayó, y con cadáveres sangrientos
Estuvo confundido unos momentos. 456

Y al escuchar el Capitan astuto
Ya de él muy cerca el ruido estrepitoso
De las pisadas del soberbio bruto
Que Sandoval con brazo vigoroso
Rejía, levantóse. Irresoluto
Unos instantes se mostró y medroso
El denodado Comandante ibero,

Al ver que así se levantó el guerrero. 564

Poncíhuatl en el arco retorcido
La sola flecha puso que traía.
De la cuerda con hórrido silvido
El arma retiróse, y agonía
Y cruel dolor al adalid querido
De todos, causó entónces. Pretendía
Este seguir en el combate rudo;
Mas, dominado del dolor, no pudo. 572

Cuando correr la sangre del famoso
Alto caudillo vieron los soldados
Españoles, de pánico espantoso,
Aunque valientes, fueron dominados,
Y del rudo combate estrepitoso
Huyeron. «Zapotecas denodados!
«El astro de la gloria ya no brilla
«Para las fuertes armas de Castilla. 480

«Cada uno de vosotros de un ibero
«En la espalda sepulte flecha aguda.....
«Digo en la espalda, pues con pie ligero
«Ellos se alejan de la liza ruda.
«Hijos de Zapotlan! No haya un guerrero
«Que al templo de los dioses hoy no acuda
«Con un trofeo, y de esos castellanos
«La sangre tiña vuestros pies y manos.» 488

Así clamó Poncíhuatl, y estruendosa
Escuchóse terrible gritería
En aquella ciudad tan espaciosa,
Y el español que acobardado huía,
Abandonó, en su fuga vergonzosa,
En las calles de Méjico, aquel día
Muchos jefes y peones aguerridos,
Por el cruel dardo del azteca heridos. 496

